

## *Adiós a la pobreza*

Cuando acabó de contar su historia, el viejo Simbad el marino tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—Ahora ya conoces, mi querido amigo —le dijo entonces a Simbad el porteador—, cuánto me ha hecho sufrir el destino antes de dispensarme tantas riquezas.

El pobre mozo de cuerda se sonrojó.

—Os pido perdón si mi canción os ha ofendido —dijo.

Pero Simbad el marino le rodeó el hombro con el brazo y le respondió que no tenía nada que hacerse perdonar.

—Yo sé bien lo mucho que estás sufriendo —concluyó—, y por eso mismo voy a entregarte cien cequies por cada uno de los viajes que te he contado, para que el aire de la miseria no vuelva nunca a respirarse en tu casa.

Simbad el porteador sintió que el corazón se le ensanchaba con las palabras de aquel viejo marino y recibió los setecientos cequies con los ojos anegados en lágrimas. Desde aquel día, nunca más iba a pasar penalidades. Simbad el marino adquirió la costumbre de recibirlo en su casa todas las tardes para charlar con él sobre las cosas de la vida, y de ese modo nació entre los dos una amistad tan estrecha que solo pudo romperla la muerte: la muerte inevitable que iguala para siempre al rico con el pobre y al rey con el esclavo.